

¡Cómo me gustaba jugar a la guerra! Con mis amigos, lo reconozco, nuestro juego número uno era el fútbol. Yo no era muy hábil y me ponían de portero, que no se me daba tan mal. Pero, cuando nos cansábamos de correr detrás del balón casi siempre, decidíamos jugar a la guerra y entonces yo era el rey, porque sabía más que todos de armas, generales y batallas y me dejaban organizar el juego. Así que cogíamos nuestras metralletas y fusiles de juguete (algunos hechos por nosotros mismos), nos poníamos cascos de plástico, formábamos dos bandos y nos ocultábamos en trincheras, avanzábamos por espesas junglas o tomábamos al asalto la colina donde se ocultaban los malos, que nos bombardeaban con terrones de tierra que, algunas veces, dejaban ojos morados o, incluso, un diente flojo.

A veces, yo decía: ¡Aviones!, y ahí estábamos todos corriendo, con los brazos extendidos a modo de alas, imitando el rugir de los motores y el tableteo de las ametralladoras: *ratatatata*. A veces conseguíamos derribar a algún enemigo que caía en medio de una enorme explosión, también hecha con la boca. Hana, mi hermana pequeña siempre se quedaba mirando, callada. A ella no le gustaban esos juegos. Si le preguntábamos si quería jugar ella simplemente negaba con la cabeza, y se sentaba en el suelo, mirando con ojos aburridos.

En mi casa tenía centenares de soldaditos de plomo, de todas las épocas y naciones, aviones, tanques, cañones... Con todo eso montaba mis batallas, que podían durar toda una tarde, hasta que mamá me recordaba que las tareas esperaban en mi mesa.

La guerra también llegaba a mi vida en las revistas que me compraba papá y en la TV y el cine: no me perdía una película donde salieran soldados y batallas. En cambio, Hana se iba a su cuarto en cuanto se oía un disparo en la televisión. Cuando soñaba despierto (que mi madre decía: “niño, estás en Bavía”), siempre me imaginaba a mí mismo como un soldado que con una acción heroica salvaba a mi patria de terribles enemigos.

La guerra me gustaba tanto que, un día, le dije a papá que de mayor quería ser militar. Mi padre me miró fijamente y me dijo: “solo tienes diez años, cuando seas mayor tendrás tiempo de pensar en eso”.

Pero no tuve tiempo para eso ni para nada más porque a principios de ese mismo verano, los telediarios empezaron a dar noticias de que los serbios esto y que los bosnios lo otro y los croatas lo de más allá. Mi padre se ponía muy nervioso cuando veía la tele y mi madre intentaba tranquilizarlo: “Nunca atacarán Sarajevo, le decía, el mundo no lo permitirá”.

A finales de ese mismo verano, empezaron a caer las bombas y la ciudad se llenó de tanques, cañones y soldados, todo de verdad, todos reales, igual que las explosiones, que sonaban muy distintas a las imitaciones que hacíamos con mis amigos. Papá nos sentaba en el sofá y nos tranquilizaba diciendo que no pasaría nada, pero Hana no podía evitar llorar y gritar que no le gustaba ese juego.

Un día, una bomba destruyó la escuela (por suerte era domingo y no salió nadie herido), otro, incendiaron la Biblioteca Nacional y durante muchos meses, mantas con bultos cubrían las calles, a la vez que familiares y amigos desaparecían. “¿Qué es eso mamá?”. Mamá no contesta, solo llora.

Cuando el obús entró por la ventana de casa yo estaba recogiendo agua en la esquina y eso me salvó. Pero ya nunca más volví a ver a papá ni a mamá ni a Hana. Creo que los enterraron en una cosa que se llama fosa común, donde van a parar todos los que mueren juntos.

La madre superiora me ha dicho que están interesados en mi caso y que son de Sevilla, “una ciudad igual de bonita que Sarajevo”, dice la monja, aunque después de todo esto, Sarajevo nunca más volverá a ser bonita.

Me gustaría que me adoptaran porque aquí me siento muy solo. Quiero volver a tener dos personas a las que llamar papá y mamá, y hermanitos con los que me pasaré todo el día jugando y, siempre que pueda, les diré que a la guerra no, que mejor jugamos al fútbol. La guerra no es ningún juego.